

TEMA 2: ¿QUÉ ES LA IGLESIA?

Esquema

El Dios del que nos habla Jesús es Padre **nuestro**, no “mío”. La experiencia de Dios, para el cristiano, por personal que sea, no puede ser “aislada”. Desde esta experiencia surge la Iglesia, y no por generación espontánea.

En efecto, Jesús va rodeándose de “discípulos”, a los que llama (Mc 3, 13-19), que le siguen y a los que mínimamente va “estructurando” (Mt 16, 13-20; Jn 21, 15-19) , no desde la desigualdad (Mt 23, 1-12), sino desde el servicio recíproco (Mt 20, 24-28; Jn 13, 1-17)

Pero es con el Espíritu del Resucitado como surge la Iglesia para la Misión (Jn 20, 19-23; Hech 1 y 2). Los creyentes forman así un **cuerpo** en Cristo, en el que hay muchos miembros con diversidad de funciones, pero con la misma dignidad (I Cor 12)

Tenemos que estar abiertos a este Espíritu (I Tes 5,19-23) que apunta a la “comunidad”, a “que sean una sola cosa” (Jn 17, 11. 20-23, que recordará lo que había dicho Jesús (Jn 14, 25-26; 15, 26-27) y lo que dejó de decirnos, hasta “guiarnos a la verdad completa” (Jn 16, 12-15).

Por último, el Espíritu se nos comunica a través de los Sacramentos, “incorporándonos” a la Iglesia a través del **Bautismo** (Rom 6, 1-11; Gal 3, 23-25; Col 2, 9-13), reconciliándonos entre nosotros y con Dios (Jn 20, 19-23; II Cor 5, 16-21) en el sacramento de la **Reconciliación**, haciéndonos un solo cuerpo en la **Eucaristía**, responsabilizándonos para el servicio de la Misión por el **Orden** (Jn 21, 15-17; Mt 16, 13-20; I Tim 4-5), y manifestándose en el **Matrimonio** el misterio de unión de Cristo con su Iglesia (Ef 5, 25-33)

Esta es la Iglesia para la que Ignacio escribe estas **Reglas**, la Iglesia de la “comunidad” y de la “Misión”, no la “ortodoxa”, ni para la “jerarquía” de la Iglesia, sino para una Iglesia que es jerárquica, que no es lo mismo. A través de ellas Ignacio va a optar por la **comunidad en el mismo Espíritu**, y porque la misión llegue al **pueblo menudo**.

TEMA 2: ¿QUÉ ES LA IGLESIA? (Resumen)

La Iglesia de Jesús está llamada a hacer posible la unidad entre todos los hombres como hijos de Dios. Más aún, no podemos llamar a Dios “Padre mío” como Jesús lo hacía, sino **Padrenuestro**. El hecho de escribir junto lo que debía estar separado es todo un símbolo: Dios es Padre de todos, no sólo mío. Más aún, en la segunda parte nos solidariza con problemas que no nos afectan -el ‘pan de cada día’, ‘las ofensas’...-. ¡No podemos dirigirnos a Dios Padre, sin hacer nuestros los problemas clave de la humanidad!

De nuevo, el **nosotros** del que hablábamos en el tema uno. Sin el nosotros-familia no hubiéramos nacido y vivido, pues lo mismo con la fe y la relación con Dios: nacemos y crecemos en el nosotros-Iglesia y, por eso, cuando hablamos con Dios lo llamamos Padrenuestro. La experiencia de Dios, para el cristiano, por personal que sea, no puede ser aislada ni privada; la relación con Dios supone una **comunión** con los demás. Desde esta experiencia surge la Iglesia, y no por generación espontánea. Iglesia significa los “llamados” por Jesús y que han respondido a esa llamada. (Mt 7, 21-27; 25, 31-46; 1 Jn 3, 16; 4, 19-21)

En efecto, Jesús va rodeándose de discípulos, a los que llama (Mc 3, 13-19). Al principio, en este grupo no se descubre organización: Jesús era el que mantenía el grupo. Pero desde el comienzo Jesús empieza a decirles que deben formar una comunidad como hermanos y por eso a los que le siguen los va mínimamente “estructurando”: la Iglesia es **jerárquica** (a Pedro le concede autoridad desde la debilidad, después de las negaciones: Mt 16, 13-20; Jn 21, 15-19). Ahora bien, Jesús no iba a estar siempre presente y les anuncia que cuando se vaya les enviará al Espíritu Santo (Jn 16, 7). Este Espíritu, sin embargo, no lo va a hacer todo, sino que el grupo debe responsabilizarse de su propia vida (la Iglesia necesita unos responsables, una autoridad, una jerarquía) (Hch 15, 28), pero no desde la desigualdad (cita del **tema 1**: Mt 23, 1-12), sino desde el servicio recíproco (cita del **tema 1**: Mt 20, 25-28 y Jn 13, 1-17).

Pero es con el Espíritu del Resucitado como surge la Iglesia (Jn 20, 19-23) y la tarea principal de esta Iglesia es la **misión** (Hch 1, 8; Hch 2, 1-4 y 32-39), el **servicio apostólico** (Hch 1, 23-26). Más aún, según san Juan, Jesús antes de morir nos avisó de que esa misión nos desborda, no es nuestra ni depende de nuestras capacidades (Jn 14, 25-26, Jn 15, 26-27 y Jn 16, 12-15). Es decir, la Iglesia es guiada por el Espíritu, que irá completando la verdad. La vida va cambiando, surgen nuevos problemas, de los cuales Jesús no podía decir nada. La Iglesia, su comunidad, guiada por el Espíritu Santo, debe ir dando respuestas.

Por eso, tenemos que estar abiertos a este Espíritu (1Ts 5, 19-22), que apunta a lo que más le preocupó a Jesús de cara a su Iglesia: la **comunión**, que seamos uno, que formemos un solo cuerpo, que nos sintamos y seamos comunidad (Jn 17, 11 y 20-23). ¿A qué vino Jesús? A hacer la paz, a que “seamos una sola cosa” como el Padre en él y él en el Padre. Si en esto fracasamos, ha fracasado también la misión de Jesús, que es hacer posible que vivamos en **comunión** como hermanos que somos.

Los creyentes formamos así un **Cuerpo** en Cristo; si buscamos cada uno nuestro interés nunca podremos formar un cuerpo (seríamos como un cáncer que se come el cuerpo). Por eso, para tener unión entre nosotros tenemos que sentirnos iguales y estar siempre dispuestos a servir (Mt 20, 28). Y es que la unión que debemos vivir no es que todos seamos lo mismo, sino que, conservando nuestras diferencias y cualidades, lleguemos a formar un cuerpo (1 Co 12). Esta imagen sugiere unidad y diversidad, no competitividad. Para que un cuerpo funcione, dice San Pablo, todo tiene que apuntar al **bien común**, a que *“seamos una sola cosa”*. La unión que debemos vivir es la del cuerpo; en el nosotros-Iglesia todos tenemos distintas funciones, sin que ninguno se sienta el más importante, sino desde la igualdad, aunque con distintas responsabilidades. Este cuerpo funciona cuando ninguno de sus miembros quiere destacar. Esto deber ser la Iglesia, el **Cuerpo de Cristo**.

Pero todas estas responsabilidades y cualidades pueden llegar a formar un solo cuerpo si hay **amor** (I Co 13). Sin amor de nada sirven ni cualidades ni responsabilidades de cara a formar un cuerpo. En esta manera de relacionarnos en el cuerpo, tiene que haber unas reglas de juego, unas normas de comportamiento: pero tenemos que relacionarnos desde el amor (Ga 5, 13).

Por último, el **Espíritu** se nos comunica a través de los **Sacramentos**, “incorporándonos” a la Iglesia a través del **Bautismo** (Rm 6, 1-11; Ga 3, 23-27; Col 2, 9-13), reconciliándonos entre nosotros y con Dios (Jn 20, 19-23; 2 Co 5, 16-21) en el sacramento de la **Reconciliación**, haciéndonos un solo cuerpo en la **Eucaristía** (1 Co 10, 14-22; 1 Co 11, 17-34), responsabilizándonos para el servicio de la Misión por el **Orden** (Mt 16, 13-20; 1 Tm 3, 1-7; I P 5), y manifestándose en el **Matrimonio** el misterio de unión de Cristo con su Iglesia (Ef 5, 25-33).

Esta es la Iglesia para la que Ignacio escribe estas **Reglas**, la Iglesia de la **Comunión** y de la **Misión**, no la ortodoxa (decir y pensar todos lo mismo), ni para la jerarquía de la Iglesia, sino para una Iglesia que es jerárquica, que no es lo mismo. A través de ellas, Ignacio va a optar por la **comunión en el mismo Espíritu** y porque la misión llegue al **pueblo menudo**.

De cara a la praxis, Ignacio va más allá en el concepto de Iglesia con respecto a lo que había en su tiempo. El no gasta un minuto en discusiones, teorías, eclesiologías... El va al **sentido verdadero** que hay que tener en la práctica. Justo lo contrario de lo que nos ocurre a nosotros: nos encanta teorizar, pero nuestra praxis es un desastre.

Ignacio fue sacerdote los 16 últimos años de su vida; pues tan Iglesia se sintió de laico como de sacerdote. Para san Ignacio, de cara a la praxis, Iglesia es **Comunión** y posibilitar la **Misión**. En las Constituciones, dispuso que la Compañía de Jesús fuese un instrumento disponible al papa en relación a la tarea principal de la Iglesia, que es la Misión.

TEXTOS PARA LA ORACIÓN:

I Juan 3, 16; 4, 19-21

Mateo 7, 21-27; 25, 31ss

Mateo 16, 13-20 y Juan 21, 15-19

Juan 16, 7

Juan 13, 1-17

Juan 20, 19-23

Hechos 1, 8; Hechos 2, 1-4 y 32-39

Hechos 1, 23-26

Hechos 15, 28

Juan 14, 25-26, Juan 15, 26-27 y Juan 16, 12-15

I Tesalonicenses 5, 19-22

Juan 17, 11 y 20-23

I Corintios 11, 17-34

I Corintios 12 y 13

Gálatas 5, 13

I Timoteo 3, 1-7

I Pedro 5